

# LA RENOVACION DE LOS ESTUDIOS HISTORICOS EN COSTA RICA

*Víctor Hugo Acuña Ortega*

No parece razonable negar que haya ocurrido una renovación de la enseñanza y de la investigación universitarias de la historia en Costa Rica durante los últimos tres lustros. Las dos contribuciones que han abierto este debate en el número anterior de esta Revista parecen compartir dicha opinión. No obstante, ellas discrepan en cuanto a si la transformación es producto de la continuidad o de una ruptura y también sobre las bondades de las nuevas orientaciones. En efecto, mientras que Araya Pochet subraya la existencia de una mutación a partir de 1970, Meléndez Chaverri pone el acento en una evolución sin discontinuidad desde la fundación de la Universidad de Costa Rica en 1941 hasta el presente. Por otra parte, en tanto que Araya Pochet abraza con entusiasmo los cambios recientes, el profesor Meléndez los mira con reserva y preocupación: en su opinión, la renovación ha implicado desprecio por los hechos históricos y una excesiva especialización de la disciplina; se ha basado en un dominio superficial de los instrumentos teóricos de las otras ciencias sociales y en un ciego dogmatismo ideológico; en fin, las transformaciones recientes son hijas de una simple moda o, en otras palabras, expresan una forma de snobismo académico, "... afán de modernidad, sin profundidad teórica y metodológica". Como se observa, media una gran distancia entre la adhesión y simpatía del primero y el "sermón" (término que utiliza el propio autor) un tanto hepático del segundo.

Puesto que el profesor Meléndez omite precisar sus acusaciones con obras y autores, es decir, no aporta hechos, en este caso de carácter historiográfico, vuelve imposible su verificación y, en consecuencia, no permite el debate. Así, sólo nos quedan sus adjetivaciones y la discusión científica se siente más a gusto con los sustantivos y los verbos. No obstante, vale la pena retomar sus inquietudes sobre el valor de las nuevas orientaciones haciendo una evaluación de su estado actual y proponiendo algunas tareas futuras.

Es indiscutible que la historia ha conocido un importante desarrollo institucional en la década anterior y en la presente. En la actualidad es una carrera que se imparte en ambas universidades y se enseña a nivel de posgrado en la U.C.R.; además, en dicha Universidad existe ahora una carrera de Archivología. El crecimiento en el campo de la docencia no ha sido sólo cuantitativo puesto que también los planes de estudio se han modificado; se han incluido nuevos cursos y nuevas temáticas y los materiales bibliográficos se han actualizado. Igualmente, hemos asistido a un desarrollo institucional en la esfera de la investigación: la U.C.R. cuenta con un Centro de Investigaciones Históricas y la Escuela de Historia de la U.N.A. desarrolla un amplio programa de investigaciones sobre la historia nacional. Esta misma institución ha contribuido a la difusión de los estudios históricos por medio de la publicación de su Revista de Historia. De igual manera, ha desempeñado una labor pionera y de vanguardia en la realización de encuentros, simposios y seminarios con la participación de historiadores y otros científicos sociales.

El crecimiento institucional que acabamos de esbozar, ha servido de marco a un innegable desarrollo científico que a grandes rasgos sintetiza Araya Pochet en su contribución. La investigación histórica en Costa Rica ha enriquecido su objeto de estudio, ha modernizado su instrumental técnico y metodológico y ha comenzado a construir el vínculo entre el análisis empírico y la comprensión teórica. Si pretendiéramos enunciar en forma sintética esos cambios institucionales y ese desarrollo académico, diríamos que el ejercicio de la docencia y de la investigación en historia se han profesionalizado y han alcanzado un estatuto propiamente científico; de manera que nuestra disciplina se ha convertido en un miembro con derecho propio en el concierto de las ciencias sociales en Costa Rica y aspira a ser reconocida como integrante de la comunidad científica nacional.

Así como no cabe duda de que ha habido una renovación, es igualmente cierto que ella fue efectuada por un conjunto de personas que realizaron una ruptura con las prácticas dominantes en la enseñanza y en la investigación de nuestra disciplina en el país. Ese viraje, cuyos principales gestores son recordados por Araya Pochet quien modestamente no incluye su propio nombre, contó con un padrinazgo institucional, encarnado en la persona del profesor Rafael Obregón Loría quien estimuló la adopción de las nuevas orientaciones, a pesar de que ellas no coincidieran con su estilo clásico de hacer historia, y materializado en una política de apoyo a la formación de docentes e investigadores en buenas universidades del extranjero, aplicada primero por la Universidad de Costa Rica y posteriormente, por la Universidad Nacional.

Como era inevitable, los cambios encontraron y siguen teniendo sus opositores y sus adversarios que, sirviéndose de espantajos ideológicos, intentan restarles su valor y su legitimidad.

Por lo tanto, la renovación de los estudios históricos en Costa Rica ha sido resultado de una clara ruptura en el plano científico protagonizada por un grupo de personas que, efectivamente, constituyen una generación. Esta generación tuvo que proceder a una crítica sistemática de las concepciones sobre nuestra disciplina y de las interpretaciones sobre el desarrollo histórico costarricense, sustentadas por los historiadores que la precedieron. Sin embargo, en términos institucionales, merced a la lucidez de algunas autoridades universitarias y a la generosidad de algunos historiadores de la generación anterior, el cambio se inscribe en el proceso de desarrollo que ha tenido la educación universitaria en las últimas décadas. En ese sentido, tiene razón el profesor Meléndez al rememorar los hitos de la fundación de la Universidad de Costa Rica en la década de 1940, la reforma univervitaria de Rodrigo Facio de fines de los años cincuenta y la consolidación de la enseñanza universitaria de la historia en el decenio de 1960. En suma, la renovación de los estudios históricos en Costa Rica ha tenido lugar en el marco de una continuidad institucional y de una discontinuidad en términos científicos y generacionales.

Ahora bien, aunque es exacto afirmar que ha aparecido una nueva generación de historiadores en nuestro país, es bastante prematuro considerar que ya se encuentra plenamente consolidada, tanto en el plano académico como en el plano institucional. La mayor parte de los nóveles investigadores, después de su tesis de doctorado, no han producido aún nuevas obras de envergadura. Además, muchos de ellos pueden ver abortado su desarrollo científico si son absorbidos por la carrera administrativa universitaria y por la participación en la vida política nacional. En otras palabras, existe el riesgo de que un contingente importante de historiadores de la nueva generación se aleje definitivamente o por un largo tiempo de su profesión. Recuérdese que esto ocurrió con Carlos Monge Alfaro (el primer historiador profesional que tuvo Costa Rica) para bien de la Universidad y del país; pero con menos provecho para el desarrollo de nuestra disciplina, dada la excelente calidad de su formación y su indiscutible talento de historidador como lo atestiguan sus trabajos.

Además de conservar la mayor parte de sus efectivos, la nueva generación requiere asumir una serie de tareas para asegurar su consolidación. Para empezar, debemos reconocer que hasta la fecha la historia que practica la nueva generación no tiene todavía suficiente aliento conceptual y teórico. Así, pues, aún no ha producido ni grandes síntesis interpretativas de nuestro

desarrollo histórico, ni fecundas hipótesis que permitan guiar las labores de investigación. Ambos desafíos implican un mayor acercamiento a las otras ciencias sociales y un conocimiento aún más profundo de sus grandes corrientes de pensamiento. Mucho se criticó en su oportunidad el empirismo y la candidez epistemológica de la historia tradicional costarricense pero lo que se ha hecho no es bastante para sustituirlos. Por el contrario, la adopción de la cuantificación sistemática y la utilización de la informática, aunque abren amplias perspectivas, fácilmente pueden conducir a una nueva forma refinada de empirismo.

Del mismo modo, es perentorio ampliar los campos de estudio de la disciplina: la historia política permanece insuficientemente renovada, la historia social ha dado sus primeros pasos con una agenda muy reducida y ajustada a los viejos moldes de la historia "évenementielle"; por último, los fenómenos culturales, ideológicos y psicosociales continúan sin ser abordados por los historiadores costarricenses.

En síntesis, la renovación teórico-metodológica y temática de la historia en Costa Rica todavía se halla en su etapa de despegue y sería lamentable en este momento dormirse en los laureles. Los nuevos historiadores costarricenses tienen todavía mucho que aprender, mucho que estudiar, mucho que investigar y harto que escribir, publicar y debatir antes de que puedan vanagloriarse frente a sus predecesores y sus mentores.

Como es de suponer, la consolidación en el plano científico exige nuevos desarrollos institucionales. La nueva generación debe incrementar sus rangos y preparar sus relevos. Por lo tanto, es necesario mejorar la calidad de la docencia en los niveles de bachillerato y licenciatura y fortalecer el posgrado. Precisamente, en el ámbito de la docencia es donde las mutaciones de los últimos lustros están menos implantadas. Si la nueva generación de historiadores se convierte en una élite de investigadores, totalmente desvinculados de las aulas universitarias, corre el peligro de quedarse sin herederos. El asunto es de importancia y sería deseable que las dos Escuelas de Historia se ocuparan de él en forma conjunta, estableciendo una división de tareas y relaciones de cooperación.

La comunidad de los historiadores costarricenses sigue careciendo de una instancia que los agrupe. Sería conveniente empezar a conjuntar esfuerzos para la fundación de una asociación de historiadores que promueva y proteja sus intereses académicos y profesionales. En esta misma óptica, parece urgente crear algún mecanismo de encuentro anual o bienal de historiadores que permita conocer y debatir sus trabajos y los de otros científicos sociales. De igual manera, sería deseable aumentar su asistencia a seminarios y congresos internacionales, así como el disfrute de becas de investigación en

instituciones extranjeras.

Esta Revista de Historia está llamada a convertirse en nuestro principal órgano de expresión y de difusión de nuestro quehacer científico. Ya ha desempeñado una labor destacada, pero ahora es indispensable garantizar su continuidad, mejorar su periodicidad y aumentar su proyección nacional e internacional. Al respecto existen buenos augurios de una próxima cooperación en la producción de esta publicación entre la Escuela de Historia de la Universidad Nacional y el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Costa Rica.<sup>1</sup>

Desgraciadamente, el trabajo de rescate, preservación y clasificación de documentación histórica no ha avanzado al ritmo del cambio de nuestra disciplina y los servicios de los archivos y bibliotecas costarricenses no son de la calidad deseada. En consecuencia, es imprescindible apoyar toda iniciativa que tienda a modernizarlos. Por otro lado, también se requiere recuperar la documentación existente en archivos extranjeros y salvar nuestros archivos privados.

Una de las tareas de más relevancia que tenemos por delante es la proyección de las nuevas orientaciones de la historia a la comunidad nacional. De todos es bien conocido que la incidencia de la nueva investigación histórica en la enseñanza secundaria y primaria y en los medios de comunicación social es casi nula. El conjunto de la sociedad costarricense continúa repitiendo los viejos dogmas de la historia tradicional. Esta circunstancia pone en relieve la pertinencia del compromiso asumido por el Centro de Investigaciones Históricas de publicar una nueva historia de Costa Rica en varios volúmenes que sintetizarán el nuevo saber que se ha venido elaborando sobre nuestro pasado. No obstante, una eficaz divulgación de las nuevas orientaciones sólo se alcanzará cuando aparezcan retomadas en los textos escolares. Igualmente, habrá que replantearse las labores de acción social y de extensión que realizan las Escuelas de Historia de ambas universidades. Las dos instituciones podrían apoyar y potenciar el trabajo de recuperación de la memoria popular que en la actualidad llevan a cabo algunas organizaciones de educación popular.

Ciertamente, el programa, que acabamos de delinear, para la consolidación de la nueva generación de historiadores supone que las universidades continuarán sosteniendo la docencia y la investigación en historia, con recursos materiales y financieros. Dado los problemas económicos que padece la educación superior costarricense dicho supuesto debe abordarse con un poco menos de optimismo. Por esta razón, la investigación histórica en ambas universidades tendría que preocuparse por la búsqueda de fuentes suplementarias de financiamiento, nacionales y extranjeras. La tarea es difícil y comporta algunos peligros, pero no hay más remedio que emprenderla.

Por último, convendría que los historiadores costarricenses empezaran a reflexionar más en profundidad sobre su responsabilidad social e histórica. La historiografía costarricense nació a fines del siglo pasado en el marco del proceso de consolidación del Estado nacional; en 1940 aparecieron nuevas interpretaciones de nuestra historia en una época en que Costa Rica conoció grandes conflictos sociales y políticos y significativas transformaciones sociales; en otras palabras, el desarrollo del pensamiento histórico en sus mejores momentos aparece vinculado con los procesos históricos más importantes de nuestra sociedad. En el momento presente Costa Rica atraviesa un período de definiciones y parece acercarse a una etapa de cambios. ¿Cuál tendría que ser la contribución de los historiadores como historiadores a los actuales desafíos de la nación y del pueblo costarricense? Quizás, ese podría ser el tema de un próximo debate promovido desde las páginas de esta Revista.

## NOTA

1. A la fecha de tiraje de este número ya se había acordado el Convenio respectivo.